

## CAPÍTULO IV

1725-1733

Gobierno del mariscal Figueroa.—Su carácter y sus cualidades.—Su conducta durante el hambre y la peste.—Recibe órdenes de la Corona para fortificar á Bacalar.—Pasa á aquella villa y se propone repoblarla con colonos de las islas Canarias.—Los ingleses intentan oponerse á este pensamiento y desembarcan en la bahía de la Ascensión con algunas hordas de indios mosquitos.—Los derrotó á todos el mariscal.—Vuelve á Bacalar, reconstruye la villa y la fortalece, y pacifica á los indios de la comarca.—Dirigese después á Waliz con una fuerte expedición.—Ataca aquel establecimiento, lo toma, lo reduce á cenizas y aprisiona á sus habitantes.—Al volver á Mérida, enferma y muere en el rancho Chacal.

El 24 de diciembre de 1725 tomó posesión del gobierno y capitanía general de la provincia el mariscal de campo y brigadier de los Reales ejércitos D. Antonio de Figueroa y Silva Lazo de la Vega Ladrón del Niño de Guevara. Se le da en nuestras crónicas el sobrenombre de *el Manco*, porque no tenía huesos ni juego en la mano derecha, con cuyo motivo escribía con la izquierda. Siendo este caballero uno de los gobernadores más notables que ha tenido la Península, merece que nos detengamos á describir con alguna extensión sus raras cualidades y su carácter.

El manco Figueroa se había dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, y su hoja de servicios acreditaba con cuánta honra y lealtad había servido á su patria. En la guerra de sucesión abrazó el partido del rey Felipe y se

—( 407 )—

había distinguido en Gibraltar, cuando esta plaza importante fué atacada por las tropas del archiduque de Austria. El Dr. Lara le llama un hombre completo de capa y espada, y sin hacer mérito de las hazañas de su juventud, las que llevó á feliz término en Yucatán le hacen digno de este renombre. Además de sus grandes dotes como militar, el mariscal poseía otras de distinto género, que le hacían muy digno del alto puesto á que fué elevado. Poseía una inteligencia privilegiada; tenía mucha facilidad para resolver cualquiera duda y para darle el curso conveniente á los negocios; su conversación era amena y sembrada de chistes; gustaba mucho de mezclar en ella anécdotas oportunas, y ordinariamente salvaba las dificultades que se le presentaban con la aplicación de un cuento. También estaba dotado de un patriotismo acrisolado, y no omitió sacrificio de ninguna especie para servir á su patria y á su rey. Finalmente, aunque el padre Lara le acusa—tal vez sin razón—de haber esquilado á los ricos y especulado con los empleos públicos, asegura en cambio que siempre tuvo abierta su bolsa para los pobres. La clase indígena debió amarle mucho; porque aunque la corte había vuelto á permitir los repartimientos, según se asegura, él no quiso usar nunca de esta inhumana facultad. En suma, fueron tan grandes las cualidades que desplegó desde los primeros días de su administración, que el obispo D. Juan Gómez de Parada no creyó necesario usar de la autorización que tenía para avocarse el gobierno de la provincia.

En el año 1726 sobrevino en el país un hambre espantosa, cuyos rigores apenas bastaron á mitigar la habilidad y la energía del gobernador y la caridad del obispo. El maíz escaseó de tal manera, que donde se encontraba se vendía á dieciocho pesos la carga. La inmensa mayoría del pueblo se mantenía de yerbas y raíces. Centenares de personas caían muertas de inanición en los caminos públicos, en las orillas del mar y en las calles y plazas de las

grandes poblaciones. Las campanas habían ensordecido; pero en cambio se hacía oír el lúgubre rodar de los carros en que se recogían los cadáveres. Finalmente, el hambre llegó á apagar hasta los instintos más nobles del corazón humano; porque hubo madres que se sustentaron á costa del honor de sus hijas, y no faltaron hijos que se alimentaron con la carne de sus padres (1).

El gobernador dictó medidas prontas y enérgicas para hacer venir víveres de fuera de la provincia; desplegó cierta astucia para que los ricos contribuyesen al sustento del enjambre de pobres que pesaba sobre él, y tal debió ser, en suma la eficacia de las disposiciones que adoptó, que se asegura en nuestras crónicas que gracias á él no quedó completamente deshabitada la Península. El Sr. Gómez de Parada también se distinguió en esta ocasión, pues vendió hasta el último mueble de su palacio episcopal para socorrer á la hambrienta muchedumbre que diariamente acudía á sus puertas.

En 1730 sobrevino una peste, que en Yucatán parecía inseparable compañera del hambre, y la cual consistía en unos dolores agudos, que acababan con el paciente luego que le acometían. Siguiendo el ejemplo de lo que ochenta años antes se había practicado, el remedio más eficaz que se encontró para combatir el mal fué el de hacer traer á Mérida á la Virgen de Izamal. El gobernador, que blasonaba de devoto y de piadoso, salió á recibirla vestido de peregrino y le arrojó á sus pies su bastón. No contento con estas demostraciones, acompañó á la imagen hasta su santuario, cuando hubo cesado la peste, y con seiscientos pesos que por aquella época *le habían cuidado*, según la gráfica expresión de Lara (2), le fabricó doce tiendas de mampos-

(1) Doctor LARA, apuntes citados.

(2) Téngase presente que, según este cronista, los *caídos* de Figueroa consistían en el precio á que vendía los empleos públicos y otros favores que otorgaba.

tería, para que con la renta que produjesen fuera sostenido en adelante su culto. ¡No es éste, desgraciadamente, el primer ejemplo de que se crea complacer á la Divinidad obsequiándola con el fruto de riquezas no muy bien adquiridas!

Fuera de este pequeño lunar, que podría oscurecer la fama de Figueroa si el pecado de que se trata no hubiese sido harto frecuente en su época, este caballero es muy digno de las alabanzas que á porfía le prodigan todos nuestros cronistas. En medio de las calamidades que afligían á la Península, no dejó de pensar nunca en el objeto principal que había determinado su nombramiento de gobernador. El éxito obtenido por Andrade en la laguna de Términos, y la circunstancia de que los filibusteros que se habían escapado de la isla se habían refugiado en Wallix, habían hecho pensar á la corte en la destrucción de este establecimiento, que tantos perjuicios causaba á varias de sus Colonias. Como la empresa debía verificarse con elementos que proporcionase la provincia de Yucatán, se hacía necesario que el que la gobernase tuviese las cualidades necesarias para llevarla á cabo. Este pensamiento hizo al rey fijarse en Figueroa, y le ordenó desde luego que fortificase la villa de Bacalar y pusiese en ella una guarnición competente (3), que debía servir de base para operaciones futuras.

El mariscal se ocupó, sin pérdida de tiempo, de dar cumplimiento á esta orden, comprendiendo la importancia que tenía para arrojar definitivamente de Wallix á los cortadores de palo. Ciertamente no era muy difícil reunir en Mérida un buen número de soldados, hacer una larga marcha por en medio de los bosques, caer luego sobre el esta-

(3) Así consta de una nota que el 7 de agosto de 1736 dirigió al rey el gobernador Salcedo, sucesor de Figueroa, y que D. MANUEL PENICHE inserta íntegra en su excelente estudio sobre Belice, publicado en el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de México*, segunda época, tomo I.

blecimiento inglés y arrojar de él á sus pobladores. Pero también era muy probable que este trabajo fuera infructuoso; porque se comprendía muy bien que, luego que la expedición repasase el desierto para volver á esta ciudad, los ingleses volverían á ocupar á Wallix y se entregarían de nuevo á sus ocupaciones habituales. No había más remedio, para cortar de raíz el mal, que fundar una población á las inmediaciones del establecimiento y poner en ella una guarnición permanente, capaz de tener á raya á los ingleses. El asiento de la antigua villa de Salamanca reunía todas las condiciones que podían apetecerse para aquel efecto, y Figueroa se propuso secundar el pensamiento de la corte con todo el celo que su patriotismo le dictaba.

Aunque la referida villa conservaba todavía habitantes á fines del siglo xvii, según el testimonio de Villagutierre, parece que por la época de que venimos hablando estaba ya completamente arruinada (4). Figueroa quiso reconocer por sí mismo el lugar antes de emprender cualquiera operación, y á poco tiempo de haberse hecho cargo del gobierno, se trasladó á Ichmul, y de allí á Bacalar, dejando marcado en su tránsito el camino que más tarde debía unir ambas localidades. El reconocimiento que practicó de la última, le hizo comprender que era excelente para el objeto que se proponía la Corona, y desde luego dejó en ella una guarnición de cuarenta y cinco hombres. Mas previendo que el aislamiento en que iban á quedar estos soldados, luego que él se volviese á Mérida, los ponía á merced de los aventureros ingleses y aun de los indios salvajes que vagaban por aquella región, concibió el pensamiento de poblar de nuevo á Salamanca, para que fuese allí, como había sido en otra época, el centinela avanzado de la dominación española. No era fácil realizar el proyecto con colonos de la misma provincia, porque la población blanca ó

(4) Nota de Salcedo, citada arriba.

mestiza era poca, y teniendo cubiertas sus cortas necesidades en los lugares que habitaba, no debía sentir inclinación ninguna por abandonarlas é ir á probar fortuna en empresas que no carecían de peligro.

Esta dificultad no arredró al gobernador, y luego que volvió á Mérida, dirigió al rey una nota en que, después de darle cuenta de la operación que acababa de practicar, le decía que la guarnición de Salamanca no podía subsistir mucho tiempo si no se procuraba repoblar la villa, á cuyo efecto le suplicaba que le mandase colonos de las islas Canarias. El pensamiento mereció la aprobación del soberano, y dadas las órdenes convenientes y provistos los isleños de todo lo que podían necesitar para emprender su viaje, comenzaron á llegar poco tiempo después á la provincia, con no poca satisfacción de Figueroa, quien los habilitó de todo lo necesario mientras llegaba el momento de instalarlos en la proyectada Colonia.

Ninguno de estos movimientos se escapó á la perspicacia de los aventureros de Belice, y comprendiendo cuáles eran sus tendencias, resolvieron oponerse á ellas con todos los recursos de que podían disponer. Es de creer que hubiesen dado cuenta de lo que pasaba al gobierno inglés, por conducto de las autoridades de Jamaica, y aun hay motivos para presumir que estas últimas les prestaron alguna cooperación abierta ó solapada. Como quiera que sea, los cortadores de palo concibieron el proyecto de amedrentar al gobierno de Yucatán con un golpe de audacia, y habiendo conseguido el auxilio de algunos centenares de indios mosquitos, cuyo cacique era aliado de la Inglaterra desde los tiempos de Cromwell, se metieron con ellos en un gran número de embarcaciones menores que habían reunido en el río de Wallix y vinieron á desembarcar inesperadamente en la bahía de la Ascensión. Internáronse en seguida hacia el noroeste de la Península, sin arredrarse ante los bosques espesísimos que cubren todavía aquella región, y después

de haber saqueado los pueblos de Chunhuhú y Telá, que cayeron fácilmente en su poder, amagaron á Tihosuco, que por aquella época comenzaba á tener grande importancia. Acaso habrían logrado pasar adelante, si el mariscal, avisado oportunamente de la invasión, no se hubiese presentado á detenerlos. Púsose al frente de una compañía de á caballo, que sacó de Mérida; recogió en el tránsito algunas fuerzas que mandó disponer, y cayendo con todas ellas sobre los ingleses y mosquitos, los derrotó completamente y los persiguió hasta la orilla del mar, donde los fugitivos se reembarcaron, dejando en tierra varios cadáveres (5).

Este suceso, que acaeció el año 1727, hizo comprender á Figueroa que debía dar cima lo más pronto posible á su empresa, y con este fin se propuso activar los preparativos que venía haciendo desde el año anterior. Tenía ya dispuestos setecientos hombres, y habiendo dado orden de que se reuniesen en Mérida, pasó á Campeche, en donde se ocupó, desde luego, de equipar y armar el número de embarcaciones menores que consideró necesarias para su objeto. Púsolas bajo el mando de un marino inteligente y valeroso, y le previno que se situase en la bahía del Espíritu Santo á aguardar las órdenes que oportunamente le comunicaría, prohibiéndole entretanto que empeñase ningún combate contra indios ó ingleses, á no ser que lo exigiese imperiosamente la necesidad. En seguida volvió á Mérida, púsose al frente de sus tropas y se dirigió con ellas al pueblo de Ichmul. Allí se le reunieron los colonos, y siendo éstos el complemento de la expedición, marcha-

(5) Los dos viajes del mariscal á Bacalar y la invasión de los ingleses y mosquitos, están de tal manera aglomerados en la relación del padre LARA, que se hace imposible averiguar el orden con que se verificaron. El que hemos adoptado en el texto es el mismo que siguió SIERRA en su *Ojeada sobre Belice*. No sería imposible, sin embargo, que el primer viaje de Figueroa á Bacalar hubiese sido posterior á la irrupción de los ingleses, y que éste último suceso hubiese hecho nacer el pensamiento de fortalecer y repoblar aquella villa.

ron todos juntos á Bacalar. Llegaron sin obstáculo á la antigua villa, construyéronse habitaciones para los nuevos pobladores y se les repartieron tierras y solares para que comenzasen desde luego sus labranzas. Mientras se verificaban estas operaciones, el mariscal hacía explorar la comarca por medio de algunas guerrillas para ponerse á cubierto de cualquier ataque de parte de los indios, y cuando estuvo seguro de que la nueva población tenía ya todas las condiciones necesarias de estabilidad, se puso á meditar en la destrucción de Belice, objeto final de la expedición.

La empresa requería preparativos que exigían tiempo, y mientras Figueroa se ocupaba en proporcionarse canoas para navegar el lago y en adquirir noticias sobre el campo en que debía operar, los cortadores de palo llegaron á penetrarse de sus intenciones y comenzaron también á hacer sus preparativos para la defensa. Con este objeto reunieron en Wallix á todos los piratas que debían interesarse en la conservación del establecimiento; hicieron venir una manga de indios mosquitos, que se presentaron armados á su usanza, é imploraron la protección de las autoridades de Jamaica, de las cuales se asegura que no se hicieron sordas á este llamamiento. También aumentaron sus fortificaciones á la entrada del río y la artillaron competentemente, creyendo que serían atacados por mar y no por tierra, pues las hordas de indios salvajes que tenían á las espaldas debían ser, en su concepto, un obstáculo poderoso para que la expedición que se preparaba en Bacalar intentase nada en aquella dirección.

Dados los pocos elementos de que podía disponer el general español, estos preparativos hubieran podido arredrarle si, como militar experimentado, no hubiese concebido un plan estratégico que debía producirle un éxito brillante. Concluidos todos los trabajos que había emprendido para iniciar sus operaciones, hizo embarcar en el lago de Bacalar todas las fuerzas que formaban la expedición; desem-